

Filosofía mexicana, latinoamericana y humanismo

Mario Magallón Anaya

1. De Filosofías

Es necesario plantear como consideraciones introductorias cuál ha sido el problema central cuando, desde nuestra América, hablamos de modernidad filosófica y cultural. La modernidad no es un concepto sino, más bien, una forma expresiva y práctica de la razón, que se la puede explicar por sus características y atributos dentro de un contexto sociohistórico, en la medida de que tanto la filosofía como la cultura son: productos de una temporalidad-espacial. Desde ésta se construyen teorías sobre el sujeto, sobre el humanismo frente a la técnica, la epistemología y la racionalidad dentro de espacios teórico-prácticos complejos multidiversos, concebidos en totalizaciones que constituyen totalidades complejas en una relación *disciplinaria e inter, multi y transdisciplinarias*.

Lo cual requiere reflexionar no sólo sobre cuestiones de método sino de las relaciones metodológicas, de las elaboraciones teórico-formales, de los problemas epistemológicos, de las construcciones de lenguajes significativos y de su valor simbólico; de las construcciones de sentido y de significación, todo lo cual tiene que ser visto desde el ámbito de la realidad sociohistórica.

Se puede decir que la modernidad no es una sino diversa. Más allá de las concepciones posmodernas, ésta no sólo no ha concluido, sino que se ha transfigurado. Ahora no se puede entender como factor único determinante del quehacer humano concebida en una sola dirección y razón histórica,

porque la historia no es continua y progresiva, unilineal sino multilínea, tiene avances y retrocesos, afirmaciones y negaciones; tampoco es absolutamente racional, sino, es más bien, una combinación dialéctica entre la subjetividad y la objetividad, entre el *Yo* y el *nosotros*, entre la razón y la sinrazón.

Con la posmodernidad se ha declarado la muerte de la filosofía. Sin embargo, puede decirse que desde siempre ha existido esta paradoja, cada asesinato de la filosofía, del ejercicio filosófico y del filosofar se abre un área diversa y vital de la reflexión filosófica. Al menos desde Hegel, en la declaración de cada muerte se acuñan, valga la metáfora, nuevas células y tejidos reproductores para engrosar los problemas metafísicos. Es decir, morir para seguir viviendo. Ese impulso mortal puede considerarse como el más antiguo, las muertes de Dios (de la metafísica) o del hombre, del sujeto sólo pueden ser escandalosas para los que finjan ignorar las largas sedes o lugares de los atentados filosóficos contra la filosofía.

El observador externo no ha dejado de percibir el infatigable carácter polémico del amplísimo escenario filosófico, analítico-crítico. Es posible observar en una visión retrospectiva de la historia de la filosofía el enfrentamiento entre Parménides y los pitagóricos; Platón contra los sofistas; Aristóteles contra Platón, para no agobiar la memoria hasta Hegel contra Marx, Marx contra Hegel, Nietzsche contra todos, Bergson y Sartre contra la ciencia y los empiristas contra los metafísicos.

En fin son incansables estos enfrentamientos en filosofía. La imagen que se presenta desde fuera, es la del filósofo “destructor” y “terrorista” dedicado a dinamitar los soportes de las filosofías de otros filósofos esperando ver volar la “inmaculada” e intocable como es: la suya. Es necesario señalar que la filosofía occidental desde sus orígenes siempre ha tratado de autodestruirse, al descubrirse, al mostrarse: por lo mismo o puede decirse que tiene a la guerra y a la lucha como me-

dio. La guerra termina con la guerra y la filosofía extirpa a la filosofía. Cada gran sistema filosófico siempre aspira a que la marcha se cerrase en él, donde todo quede dicho y resuelto y, por lo mismo, nada quede ya por decir.

La filosofía contemporánea europea ha perdido su filo crítico de análisis, como los enclaves empíricos, y los materiales ontoepistémicos se diluyen; lo socioeconómico desaparece en aras de la cultura lingüística; aún las relaciones de propiedad e interés económico, donde se establece la circulación de la información y desaparecen casi por completo los análisis teóricos; el tema del poder, no obstante que se mencione en todos los estudios sobre las relaciones sociales y humanas, el cual “está en todas partes”, como dijera Foucault en *Las palabras y las cosas*, se disuelve cuando se estudia con sistematicidad, disciplina y precisión teórica, lo cual lleva a concluir que el poder no se encuentra de forma expresa en ninguna parte, pero está presente. La política ha perdido su sentido y valor como forma de participación y relación social.

Lejos de abordar el problema de la filosofía por la vía de la descomposición, de la fragmentación, de la muerte de la metafísica, del sujeto y de la inmensidad de los “ismos” (materialismos, idealismos, personalismos, irracionalismos, existencialismos, marxismos, historicismos, etc.), tan aludidos por la posmodernidad, lo recomendable, para no caer en la inmovilidad, es continuar con el ejercicio racional y crítico del filosofar y de la filosofía; como con la capacidad para construir discursos, así como darle un espacio a los *mito-lógos*, porque la función de los mitos es expresar las metáforas de lo simbólico con sentido y significación, pero nunca entendidos como falsos; porque el *lógos* desde sus orígenes se hace a partir de los mitos atravesado por los imaginarios sociales y permeado por factores diversos, por filosofemas, que no necesariamente deben ser considerados como únicos, sino constituyentes de un *corpus* teórico filosófico. La filosofía no

es unilineal y unívoca, sino más bien, de múltiples dimensiones teóricas, epistemológicas, metafísicas, simbólicas, de interpretación y de construcciones de sentido.

La filosofía ha dado un violento viraje, por ello tienen que encarar la disolución de los discursos del “pensamiento débil” y del “pensamiento único”, de la Razón occidental misma, concebida como crítica teórica de análisis riguroso y sistemático; deben plantearse y fundarse las razones que den sentido explicativo del proceso real de conocimiento. El problema de la pretensión de validez universal de toda teoría filosófica debe erigirse a partir de la conciencia histórica y de su relatividad que en todo pensamiento está implícito.

La idea de un sistema único, verdadero y eterno ha mostrado lo contrario cuando se analiza la realidad filosófica. Fueron tantos los sistemas y tantas las discrepancias que, desde el siglo XIX, se empezó a negar la filosofía desde la filosofía misma. Lo que llevó necesariamente a indagar sobre lo qué es la filosofía.

La filosofía no es una, sino que se constituye de filosofías, pero su columna vertebral de cada una de ellas debe estar constituida por los sujetos del filosofar, los que están obligados a la construcción de discursos consistentes, que fundados desde la tradición permitan avanzar sobre los problemas filosóficos.

Hace ya más de un siglo Dilthey planteó esta propuesta, la cual el filósofo español José Gaos recupera en su filosofía y propone desde México y Latinoamérica, una “filosofía de la filosofía”, a la cual incorpora, además, la fenomenología y una filosofía de la expresión verbal.

Es decir, en cuanto interrogación y esfuerzo de la contestación adecuada, por una parte; en cuanto tendencia a ser de lo más o lo más saber toda filosofía, por otra parte; la filosofía de la filosofía deberá contener una fenomenología de la

expresión general, de la expresión verbal, de las expresiones interrogativas y las expresiones correlativas, las contestaciones, ya que el método fenomenológico se impone hoy (1939) como el idóneo para lo que, si no fuese así, se diría una teoría de la expresión, etc. Pues bien, una fenomenología de la expresión en general y de las mencionadas expresiones especiales en particular, arrojaría muy probablemente un resultado: que las expresiones lo son vitales de sujetos, de las que son ingredientes los objetos considerados comúnmente como lo único expresado.¹

Por lo mismo, es necesario terrenalizar la verdad, buscar su sentido en la veracidad y congruencia dialéctica de la interpretación y la explicación de lo óntico y de la *episteme*. Por esto mismo, puede decirse con Rafael Moreno, que los problemas humanos, ya sean institucionales, sobre todo estructurales, son formulados, expresamente para obtener soluciones humanas. “Los problemas son comprensibles y conmensurables para quienes los plantean y para quienes los conocen”.²

Este modo de entender la filosofía es reflexionar sobre la manera en que se ha ido articulando nuestras formas de conciencia. Lo que quiere decir es que tenemos que elaborar la historia que “historea” aquello que hemos *ido siendo*. Se trata, como diría Gaos, de hacer historiografía filosófica que ha de caracterizarse por historiar la historia y la filosofía, intentando mostrar su valor y su existencia. Lo que requiere es exponer los hechos y las razones en las que su funda la racionalidad del filosofar: mexicano o latinoamericano, francés o español; como, a la vez, encontrar bajo un conocimiento cierto, los pasos que han ido constituyendo el filosofar; des-

¹ Gaos José, *Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía*, Stylo, México, 1947. pp. 24-25.

² Rafael Moreno, “Introducción, en Horacio Cerutti Guldberg, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, México, CCyDEL-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 1997. p. 12.

cubrir la filosofía que sustenta el proceso historiográfico y poner de manifiesto las diversas reconstrucciones, las que además de configurar nuestra historia, integran cada pasado, a su respectivo presente y futuro.³

En el inicio del Siglo XXI y del Tercer Milenio empieza a “clarear” en el territorio filosófico mexicano y latinoamericano una inquietud que va poco a poco concretándose. Aquella que considera de gran relevancia reflexionar sobre el pensar filosófico y la filosofía mexicana y latinoamericana. Esto inevitablemente lleva a la pregunta obligada: ¿Existe una filosofía mexicana y, en consecuencia, latinoamericana? Esta vieja pregunta demanda argumentos nuevos para ser contestada, que marquen un horizonte ontológico, epistemológico, discursivo, simbólico y hermenéutico.

Es la vieja discusión entre los filósofos universalistas y los relativistas de México y de América Latina e, inclusive, del mundo; enfrentamiento teórico-práctico entre los universalismos y los nacionalismos filosóficos; entre los filósofos de la filosofía mexicana y latinoamericana y de aquellos que prefieren repetir las filosofías extranjeras.

2. De Filosofía Mexicana y Latinoamericana

Empero, queda la duda si ¿Es posible repetir un “modelo filosófico” o si se puede enseñar a filosofar? El filosofar y la filosofía son experiencias profundas sobre el pensar y el hacer humano por un ente situado. La filosofía requiere del método filosófico, en éste se dan relaciones deductivas e inductivas, de análisis y síntesis, donde el filosofar y la filosofía

³ Mario Magallón Anaya, “La filosofía y la educación en Rafael Moreno”, en Mario Miranda Pacheco Norma Durán Amavizca, coords., *La filosofía mexicana entre dos milenios*, México, FFyL /DGAPA/UNAM, 2002. p. 94.

se realizan en un horizonte de sentido por un sujeto situado en la realidad onto-teórico-práctica, que demanda respuestas filosóficas a los problemas más apremiantes de las condiciones de existencia del ser humano.

El método en filosofía es requisito para la reflexión, como a la vez, es el instrumento adecuado para filosofar.

Por ello, Rafael Moreno ha considerado que

El *buen método es requisito esencial de todo buen filosofar*. La historia de la filosofía entera, viéndola desde Platón hasta Descartes, Kant y la analítica actual, vuelve irrecusable la afirmación de que no existe filosofía sin el método proporcionado al filosofar correspondiente y, por eso, sea el instrumento para llevar a cabo dos acciones decisivas: meditar sobre el objeto y cumplir la finalidad del mismo. Objeto, finalidad y método son las condiciones del todo necesarias para que haya filosofía.⁴

Esto coloca a nuestra reflexión filosófica ante la situación de indagar sobre lo que se entiende por filosofía e historia. La filosofía considerada como método, es permanente preguntar y repreguntar por la realidad, la existencia y el mundo; por la filosofía y su historia y por el espacio-temporal, por el lenguaje, por una gramatología de la experiencia reflexiva y donde éstas se producen.

Es un ir del *hipotético teórico* a lo *asertórico*. Es la filosofía de la praxis en su profundo sentido formal-abstracto, ontológico y epistemológico, allí donde el concepto de método es considerado como instrumento para pensar en esta nueva época y adquiere en este sentido, otra dimensión filosófica.

Ya que el concepto de método de la nueva época se diferencia precisamente de las antiguas sabidurías del conocimiento y de la explicación del mundo, porque presenta un

⁴ Rafael Moreno, *op.c it.*, p. 29.

camino de autocercioramiento. El primado de la autoconciencia es el primado del método. Hay que entenderlo literalmente: sólo esto es objeto de una ciencia que satisface las condiciones de lo investigable metódicamente.⁵

Las construcciones filosófico-formales, las filosofías del lenguaje, las filosofías prácticas, etc. Se dan en una producción combinada entre lo praxológico y la teoría filosófica. De este modo, puede decirse que la filosofía mexicana y la latinoamericana se constituyen por “las cosas consideradas filosóficas y mexicanas (y latinoamericanas)”. Es un pensar metódico generalizado que busca lo universal, porque es la preocupación por los problemas de los seres humanos situados en un espacio concreto, algo común y universal al quehacer filosófico.

El gentilicio filosofía *mexicana o latinoamericana* tiene el carácter adjetivante y diferenciador, como lo han sido las filosofías en el mundo. Sin embargo, es en este principio, de lo particular y específico: mexicana o latinoamericana, donde radica la universalidad y la originalidad, porque la originalidad se encuentra en los problemas filosóficos mexicanos y latinoamericanos, como también en los atributos que analizan y generan metódica y dialógicamente, desde las particularidades históricas, sociales, teóricas y epistemológicas, las cuales son universalizables siempre y cuando respondan a las necesidades y demandas de otras realidades filosóficas, sociales, políticas y culturales, sin que, por ello deba reducirse a la filosofía a relativista. Empero, la subjetividad permea todo el quehacer filosófico humano. En filosofía generalmente se busca consistencia, coherencia, sistematicidad y rigor en los argumentos.

Empero, la objetividad como la Razón misma, se producen en una relación dialéctica entre el equivocismo y el univocismo, la objetividad y la subjetividad en la relación

⁵ Hans-Georg Gadamer, *Elogio de la teoría... op. cit.* p. 36.

hermenéutica, dialógica y simbólica. Demasiado rigor lógico y epistemológico, corre el riesgo de caer en la dispersión y la vaguedad. Es mejor trabajar con el método filosófico, donde la dialéctica y la analogía permitan expresar y mostrar al ente, a los objetos, a las cosas y al Ser mismo, como a los problemas que todo ello implica.

Es decir, debe advertirse que la modernidad europea ha llegado al extremo, según Heidegger,⁶ de considerar a la Razón (instrumental) y a la ciencia, como entidades ónticas que no piensan. Debe hacerse un ejercicio de reflexión filosófica, poética y creativa, sin por ello, sacrificar la racionalidad y la ontología, sino más bien, realizar un ejercicio de reflexión creativa y poética, allí donde la imaginación se “remeza” en el Ser, en el conocimiento y en la crítica reflexiva.

Es importante aceptar, que no existen absolutos en filosofía, sino más bien, problemas que requieren respuestas. La filosofía y el filosofar están referidos y se relacionan con lo humano, de un ente en el mundo.

La filosofía y el filosofar, como advierte José Gaos,⁷ deben estar alerta para no caer en el “imperialismo de las categorías” —ya sean europeas, o de cualquier otro lugar— porque ello puede inmovilizar el ejercicio de la razón, la filosofía, la creatividad filosófica, la producción de ideas, de pensamientos, de lenguajes, de símbolos, etc.

Cuando se filosofa se está en una realidad sociohistórica, lo cual permite afirmar que los conceptos, las categorías de la historia y de la filosofía son siempre “autóctonos”; es decir, producidos en un contexto histórico social concreto. Es la respuesta a los problemas que la realidad plantea.

⁶ Cfr. Martin Heidegger, *¿Qué significa pensar?* Argentina, Nova, 1972.

⁷ Cfr. José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*, Obras completas T. VIII, México, UNAM, 1996.

De tal forma, las categorías y las teorías filosóficas tienen su origen en la actividad praxica y en la forma de concebir, desde uno de estos territorios de la filosofía particular, desde un horizonte universalizable.

La historia de la filosofía muestra que el espíritu del ser humano ha tenido la tendencia a extender las categorías de la filosofía de un territorio geográfico concreto, de una región, de una nación hacia otras, donde la mayoría de las veces se ejerce como práctica del poder de dominación e imposición, que busca hacer el puente de relaciones y conexiones con pretensión universalizadora de dominio sobre las “filosofías marginales”. Por ello las filosofías dominantes universalizan sus particularidades y formas de entender la filosofía hacia las dominadas.

Este modo de proceder de algunas filosofías, es la imposición o la aceptación consciente o inconsciente, de la “dictadura de las categorías”. Es la práctica del poder autoritario excluyente, ejercido desde la “Razón occidental”, considerado por ella misma y por las dominadas, como “superior”. Lo cual, de ningún modo, proceder desde la filosofía está justificado no sólo por razones filosóficas, sino también ideológicas. Es, más bien, el “ejercicio del poder y la dominación de las conciencias”; allí donde se ejerce una práctica filosófica e ideológica considerada como extralógica. Esto ha sido, hasta el modo de alineación y enajenación del pensar y de la forma de construir juicios, razonamientos teóricos y formales.

Sin embargo, esta manera de producir filosofía desde las metrópolis imperiales y filosóficas, está conformada por las filosofías nacionales. Por lo tanto, de filosofías particulares que pueden ser “universalizables desde lo particular” por su carácter racionalmente humano. Es decir, existe otra forma de producir filosofía sin la intención de dominación, que desde lo particular de cada país busca la universalidad de sus principios racionales.

El maestro Rafael Moreno señala que la filosofía es procesual, tránsito dialéctico. Esto es discurrir sobre la existencia y los modos de producción material y espiritual. La filosofía no acepta, por método lo establecido, por lo mismo, es antidogmática porque cuestiona y critica sus propios supuestos; argumenta sobre la Realidad, la cual, no obstante de que no tiene un origen filosófico, demanda respuestas filosóficas sobre la existencia humana, el mundo, la naturaleza, la vida, la ciencia, la tecnología y la cultura.

La historia de la filosofía está constituida por un corpus múltiple de conceptos y categorías en la unidad discursiva del filosofar y su producto: la filosofía. Es decir, en ella pueden incluirse la mexicana, la argentina, la española, la francesa, la italiana, la inglesa, la japonesa, la alemana, etc. Todas las filosofías tienen en común problemas, temas, métodos, análisis, problemas del conocimiento, epistemológicos y ontológicos. Porque lo fundamental son los problemas del ser humano en un horizonte histórico de sentido.

De tal forma, la Realidad ontológico-epistémica se constituye en la unidad de una pluralidad de realidades materiales, abstractas y formales. La filosofía sólo es concebible en la concreción de la existencia temporal. Para ello debe advertirse que las realidades abstractas no son la Realidad, sino que ésta es la “realidad concreta concreta”, es decir, es la forma más lógicamente real. Por lo mismo, debe perseverarse en la idea de que la filosofía es la forma de pensar la realidad y de los lenguajes de comunicación de ella. La filosofía es concebida como parte de la naturaleza filosófica y social, resultado del diálogo y la convivencia analítico-crítica y la relación dialéctica entre los sujetos, y del sujeto con el objeto, con la cosa.

De tal manera, ejercer la racionalidad y el filosofar mismos requieren de un esfuerzo por entender la práctica histórica y la cotidianidad de la vida humana. Por esto, puede

decirse que ejercer el filosofar desde la práctica histórica impulsa a pensar la realidad sorteando el escollo de la ilusión de la transparencia como obstáculo epistemológico. Ésta, en tanto rechazo impune de toda mediación, constituye la fuente de dogmatismos cerriles. Sólo elaborando sutilmente estas mediaciones se hace accesible el ámbito de aquello que virtualmente anida en la cotidianidad y pugna por disolverse en la plenitud de sus posibilidades bloqueadas. El caminar o proceder del pensar nuestro americano viabiliza la experiencia de reflexionar desde la práctica histórica sin fugas o evasiones de la misma. Al contrario, propicia una reiterada inmersión en la cotidianidad en tanto *humus* del esfuerzo del ingenio.⁸

De acuerdo con esto, la filosofía mexicana y latinoamericana de la actualidad responde a la urgente necesidad de hacer filosofía mexicana y latinoamericana desde la cotidianidad, desde la propia realidad. Esta es filosofía que se realiza desde la plena racionalidad del *logos* propio que hunde sus raíces en el pasado filosófico de los filósofos clásicos de todos los tiempos, tanto de aquí como de allá.

Por lo mismo, la filosofía mexicana y latinoamericana no es un trabajo de reflexión ocioso que se afana desde la imaginación propia por filosofar y hacer filosofía. Sino más bien, éstos se construyen aprendiendo y revisando la historia de la filosofía mundial, concebida como método y como problemática, lo que pone en camino para aprender a hacer filosofía en general, mexicana y latinoamericana en particular.

Insistiríamos que se tiene que ir más allá de las filosofías posmodernas y poscoloniales; reclamar y defender nuestro derecho a formar parte de la historia de la filosofía mundial

⁸ Horacio Cerutti, *Urgencias de un filosofar vigente para la liberación*, México, CCyDEL/UNAM.

y de *La Filosofía* asumida desde una realidad justa, humana y solidaria, sin la asunción de posiciones imperiales de poder desde la dominación.

3. De Filosofía y Humanismo

Reflexionar desde la filosofía sobre el ser humano, nos coloca ante la urgencia de volver al humanismo en los modos de hacer filosofía entre nosotros. Es necesario advertir que en la realidad latinoamericana y mundial, no es el ser el que está oprimido, sino el ser humano histórico, concreto; este es el ser excluido, negado, explotado, hambriento. Es decir, “Es el hombre de carne y hueso” unamuniano. Es por ello, no obstante la tozudez de los críticos posmodernos y poscoloniales, la necesidad de recuperarnos, *siendo* en la *finitud* del *ente*, porque nada de lo humano es eterno.

Edward Said, intelectual y literato palestino, recientemente desaparecido, lanza un llamado de atención a recuperar el humanismo, ese radicado en el ser humano en el sentido más radical. Es el humanismo que se opone a las posiciones posmodernas, poscoloniales disolventes y desestructurantes del filosofar y de las filosofías nacionales y regionales. Quien señala al respecto:

Por último, y esto es lo más importante, el humanismo es el único y yo iría tan lejos como para decir que es la última resistencia que tenemos [...] no como una devoción sentimental que nos convoca a volver a valores tradicionales o a los clásicos, sino como la práctica activa de un discurso secular racional. El mundo secular es el mundo de la historia, en cuanto construida por seres humanos.⁹

De esta manera, la filosofía mexicana, latinoamericana

⁹ Edward Said, “A 25 años del libro *Orientalismo*: abrir una ventana hacia oriente”, en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 24 de agosto, 2003.

y mundial no nace de un querer, de un gusto o deseo, o de la simple imaginación, sino ante la urgencia de reflexionar sobre las condiciones de existencia del ser humano. Es a partir del sujeto histórico-social que se filosofa con autonomía de la razón y en libertad sobre un tema o un problema, encaminado a analizar, criticar y enjuiciar a la filosofía y a la realidad concreta. La cual se conforma en la dialéctica procesual por lo nacional y lo universal de manera pertinente.

Así, una filosofía mexicana y latinoamericana pensada de este modo, no depende de las supuestas creaciones universales con matices imperiales de dominio, sino siempre construidas a partir de los problemas de cada nación. La racionalidad, el rigor, la sistematicidad, el método y la consistencia teórico-filosófica, con pretensiones universales son las características de la filosofía concebida como una “exclusiva” de todo ser humano en el mundo.

La filosofía mexicana y latinoamericana producidas en la última mitad del siglo XX cumplen con estos requisitos, los cuales por su carácter metódico son universalizables, en la medida que buscan dar respuestas a los problemas de la existencia, al analizar construcciones ontológicas y epistemológicas, las cuales pueden ser útiles a filósofos y filosofías de otras regiones del mundo, porque lo común y central en el ejercicio del filosofar son los problemas y las respuestas.

Cuando se estudia la filosofía mexicana y latinoamericana se encuentra que no repiten posiciones filosóficas, sino más bien, son una forma de filosofar y de filosofía que se realiza desde lo peculiar y valioso, aquello entendido como el estudio del objeto, los temas y problemas. Este modo de hacer filosofía consiste en el estudio de lo distintivo del ejercicio de la racionalidad de lo mexicano y/o latinoamericano, hasta lograr elevarse a la universalidad.

La historia de la filosofía es una reflexión íntegra y de convicción probada por la propia racionalidad. La filosofía

es duda radical sobre los problemas humanos de cada nación, de cada “pueblo”, de cada etnia y de la humanidad toda. El sujeto filosofante desarrolla su filosofía a partir de la sociedad, no es reflexión solitaria sino compromiso con la realidad y el mundo, con la pretensión de transformarse y transformar el modo de hacer filosofía entre nosotros y con los otros.

En la actualidad la filosofía y el sujeto del filosofar son mexicanos, argentinos, cubanos, uruguayos, brasileños, es decir son: latinoamericanos y nacionales. Así, en el filosofar y la filosofía, el sujeto como el objeto se asumen profesionalmente como problemas filosóficos mexicanos o latinoamericanos.

La filosofía mexicana, la latinoamericana y la universal están constituidas por filosofías, que son, a la vez, de discrepancia, de confrontación, pero también, de colaboración, de *comprensión y reconocimiento*. Esto es toma de posición respecto a la filosofía mundial. Lo cual implica una conciencia clara del puesto o posición filosófica desde el cual se ubica el filósofo. La filosofía mexicana y latinoamericana, como toda filosofía, analiza críticamente temas y problemas, objetos de reflexión del sujeto y del objeto filosófico, de una empresa común al ser humano y a los filósofos en la temporalidad. Porque la filosofía, como bien señala José Gaos, es el *agon*, en el sentido griego. Es decir, es el campo de reflexión de las cuestiones humanas.

La filosofía así concebida, está muy lejos de ser provinciana, tampoco puede asumir una postura autocolonial, la cual algunos filósofos en América Latina la denominan como “sucursalera” en método, conceptos, categorías, contenidos, problemas. Su carácter intencional fenoménicamente es universalizable, como lo fue en su tiempo la filosofía de Platón o la de Aristóteles, de Plotino, de Descartes, de Hume, Locke, Kant, Hegel, Marx, Dilthey, Husserl, Heidegger, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Apel, Habermas, Caso, Zea, Ramos, Roig, Ardao, Miró Quesada, Villoro, Uranga, Guerra,

Villegas, Frost, Rovira, Moreno, Beuchot, Dussel, etc.

La filosofía mexicana y latinoamericana es, parafraseando a Samuel Ramos, la filosofía universal y mundial hecha nuestra; es una filosofía que mexicaniza o, en su caso, latinoamericaniza lo universal y dialécticamente, universaliza lo particular. Esto es ejercitar el *logos* y el *agon*, lo cual de ningún modo, deberá confundirse con actitudes voluntaristas con inclinación esencialista, sino, más bien, se afianza en la realidad filosófica y cultural. En especial, con las formas más racionales y objetivas de la cultura filosófica mexicana, latinoamericana y mundial.

Tanto la historia de la filosofía como de la cultura revelan y constituyen el conocimiento explicativo y hermenéutico adecuado para comprender la cultura necesitada de una filosofía desde el ser humano situado en el tiempo. Por lo tanto, es filosofía en la historia, que ha ido cambiando objetivos, contenidos, enfoques teóricos, epistemológicos y metodologías, según los objetos filosóficos y culturales analizados y tratados por el sujeto del filosofar.

Sin embargo, la historia no es suficiente para mostrar la existencia, el valor y el significado de la filosofía mexicana y latinoamericana. Sino, más bien, este hecho tiene el valor de dar fundamento al ejercicio de la racionalidad en el hacer de nuestra filosofía, tanto en sus contenidos teóricos como filosóficos.

Por todo lo anterior, puede decirse que habrá filosofía mexicana (latinoamericana o mundial) si existen sujetos dedicados a filosofar sobre los problemas urgentes del filosofar, del mundo de la vida y de la historia. Esto es, allí donde el fundamento de la racionalidad es irrefutable por estar saturado de evidencias.